Izkor 5781 (2020)

El silencio empático

Leilui Nishmat (para la elevación del alma) de Malka, mi querida abuela, la Iaia.

Hay muchos tipos de silencio. Está el **silencio de la culpa** al saber que nos hemos equivocado. Está el **silencio de la ignorancia** cuando no sabemos qué responder. Está el silencio como **producto de un shock** cuando algo nos sorprende. Está el silencio que elegimos **para refrenarnos antes de hablar.** Pero hay otro tipo de silencio. **El silencio empático**. El silencio que grita "¡Aquí estoy!" sin mover los labios. El silencio que consuela, el silencio que acompaña.

¿Quién nos obliga a romper el silencio cuando acompañamos a un deudo? ¿Quién nos obliga a llenar el silencio con palabras cuando acompañamos a alguien que está sufriendo? **¿Quién nos obliga a hablar en vez de acompañar en el silencio?** Frente a una tragedia, frente a una muerte, nadie nos obliga a llenar con palabras los silencios. **Nuestra tradición judía no demanda de nosotros palabras sabias sino un oído atento.** No nos obliga a consolar con frases grandilocuentes sino simplemente con nuestra presencia. Es nuestro hombro, nuestro oído, nuestra presencia, física y virtual, la que comienza a reparar un corazón roto y no nuestras palabras. **Muchas veces las palabras que les decimos a otros en los momentos de dolor o de duelo pueden ser buenas o efectivas para quien las dice pero no para quien las escucha.** Hablamos para nosotros y no para el otro. **Decimos lo que a nosotros quizás nos gustaría escuchar, no lo que el otro necesita oír.**

El silencio muchas veces incomoda pero el silencio muchas veces puede curar. Vivimos en una sociedad avasallada por los ruidos donde nadie puede soportar

los silencios. Piensen cuán incómodo puede ser estar sentados en familia o entre colegas alrededor de una mesa y no hablar por 2, 3 minutos. Son apenas unos pocos segundos pero ¿quién puede aguantar el silencio? Somos una sociedad que condena el silencio, que nos obliga en cada instante a llenar el silencio con ruidos o palabras. **El judaísmo en este sentido también es una contracultura: "לך דמיה תהלה - Para Ti [Dios] el silencio es alabanza" (Salmos 65:2).** Dios no requiere de sacrificios, de cánticos o de plegarias para ser alabado. La forma ideal, enseña el Rambam, de alabar a Dios es en el silencio contemplativo y sin embargo todas nuestras plegarias vienen al rescate de una humanidad que no sabe expresarse en silencio.

El gran comentarista francés Rashí (siglo XI) explica por qué para Dios el silencio es alabanza diciendo: *"Por cuanto no hay límites para alabarte, y quién aumenta en alabanzas no hace sino disminuir [en alabanzas]".* A contra sentido, nos dice Rashí, en una idea similar a la "teología negativa" maimonidiana Dios es tan excelso y está tan fuera de nuestra capacidad de entendimiento que al aumentar en alabanzas y en descripciones sobre Hashem no estamos sino disminuyendo ya que necesariamente estaríamos excluyendo muchas cosas que es pero que nuestro vocabulario es tan limitado que no podemos expresar. ¿Y si lo mismo sucede cuando ofrecemos palabras de consuelo? Al consolar a un deudo tratamos con nuestras palabras de describir el dolor que esta sufriendo **¿Y si el dolor tras la muerte de un ser querido es tan grande que no hay palabras que puedan contenerlo? Tal como Dios es infinito y nuestras palabras lo limitan, el dolor de un deudo es infinito y nuestras palabras lo limitan.**

La muerte más trágica de toda la Torá sucedió al parecer en la víspera de un Iom Kippur, o mejor dicho, es posible que todo el ritual de Iom Kippur sobre expiar las transgresiones y el altar sea consecuencia de una trágica muerte. Esa muerte fue la de los hijos del primer Sumo Sacerdote, Aharon, el hermano de Moshé. El día de la inauguración del Tabernáculo, un día que debía haber sido de gran jolgorio y

celebración, se convirtió en una tragedia cuando dos de sus cuatro hijos murieron súbitamente en el altar abrasados por el fuego. Como inmortalizara un antiguo poeta hebreo describiendo otra trágica muerte en los tiempos talmúdicos: *"[En aquel día] la felicidad se ha convertido en dolor, el gozo y el sufrimiento se unieron…"* (b. Moed Katan 25b). El ciclo natural se invierte. Es un padre al que le toca ver morir a un hijo. Y no solo a uno sino a dos. Y de repente. Una tragedia devastadora. Es su hermano Moshé quien trata de consolarlo con palabras sin embargo Aharon permanece callado. **La respuesta del propio Aharon tras la muerte de sus hijos es el silencio: *Vaidom Aharon***. Cuando no sabemos qué decir es mejor callar. Cuando no comprendemos es mejor callar. Cuando una tragedia nos atraviesa el silencio muchas veces es la mejor respuesta. El Talmud (Berajot 5a) premia a Aharon por su silencio.

En la infinita sabiduría de nuestra tradición también se nos invita a permanecer callados a la hora de intentar consolar a un deudo. El Talmud nos dice que *"la recompensa en las bodas se da por nuestras palabras"*, es decir, en una Jupá nuestro deber es alegrar a los novios a través de palabras; sin embargo continúa diciendo el Talmud: ***"la recompensa en la casa de los deudos es por el silencio"*** (b. Berajot 6b). Nuestro deber, nos enseñan nuestros maestros, cuando vamos a la casa de los deudos durante la Shivá no es pronunciar grandes discursos, ofrecer frases de consuelo que conmueven al deudo, sino simplemente aguardar en silencio. Romper con nuestra tendencia a invadir los silencios con palabras porque nos incomoda aquel silencio. Aprender a convivir con el silencio. Aprender a escuchar más que a hablar. **A esperar a oír que tiene para decir el deudo antes que invadir su silencio con nuestras palabras.** Y así queda fijado incluso en la Halajá (MT, Leyes de Duelo 13:3; SH, Ioré Deá 376:1) , estando obligados al visitar a un deudo a esperar a que él abra la conversación.

Esta noción se aprende (b. Moed Katan 28b) del deudo *par excellence* de la tradición judía, del **trágico Yob** que pierde a toda su familia en un instante. **Según el Tanaj**

tres amigos vienen a visitarlo al enterarse de su tragedia y sin embargo: "*Así se sentaron con él en tierra por siete días y siete noches, y ninguno le hablaba palabra, porque veían que su dolor era muy grande"* (2:13). El Midrash enfatiza y celebra que sus amigos lo acompañaron en silencio durante una semana **(Avot deRabi Natan #37).** Atravesaron la Shivá en silencio dándole espacio a Yob para que internalice su duelo y que decida cuáles serían las primeras palabras que querría decir. **¿Podemos aguantar nuestras palabras para dejar que las palabras del doliente comiencen a fluir?**

El gran Kohelet nos enseña: ***"Hay momentos para callar y hay momentos para hablar - עֵת לַחֲשׁוֹת וְעֵת לְדַבֵּר"*** (Kohelet 3:7). El momento de acompañar a un deudo es el momento de aprender a callar y acompañar en un sagrado silencio. Un potente Midrash nos cuenta al respecto que la esposa de Rabí Mana falleció en la ciudad de Tzipori. Su colega Rabí Abun fue entonces a visitarlo y el deudo le preguntó si no había alguna palabra de Torá que su colega pueda compartirle en aquel momento de dolor. A lo cual Rabí Abun le contestó: ***"En momentos como estos la Torá se refugia en el silencio"*** (Kohelet Rabá 3:7). El silencio es un refugio para el dolor.

Somos el pueblo del libro, de la palabra, pero también debemos ser el pueblo de los silencios. En una sociedad que celebra la palabra debemos también comenzar a valorar los silencios. Cultivemos el arte del silencio empático, del silencio reflexivo, del silencio como pausa como nos enseñan también nuestros grandes maestros. Shimon ben Gamliel enseñó: *"No encontré nada mejor para el cuerpo que el silencio"* (Pirkei Avot 1:17), el Talmud nos enseña también: *"Bueno es el silencio para los sabios y mucho más para los tontos"* (b. Pesajim 99a). **De la misma forma como describir a Dios con palabras es una tarea fútil por su inmensidad, tratar de consolar a un deudo con palabras es una tarea inutil ya que su dolor es inmenso e inconmensurable**. Aprendamos a acompañar en el silencio. Aprendamos a habitar el silencio. Aprendamos a decir "Hineni - Heme aquí" en silencio.

Hay silencios que se sienten por su ausencia y hay silencios que resuenan por su presencia: *"Yo sé que hay preguntas que no tienen respuesta; que hay un sufrimiento que no tiene nombre; que parece haber injusticias en la creación divina, y que hay razones suficientes para que estés furioso. Bien, estemos furiosos. Juntos"*. Así consolaba a un deudo el Rebe Baruj de Medzebozh, el nieto del gran Baal Shem Tov. Así consuela un rebbe, así debemos consolar nosotros. Diciendo presente. Acompañando en el silencio empático. Llorando juntos. Abrazandonos. En sagrado silencio.

Y es en silencio que ahora nos disponemos a ponernos de pie para que cada uno pueda recitar el Izkor en memoria de sus seres queridos.